

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

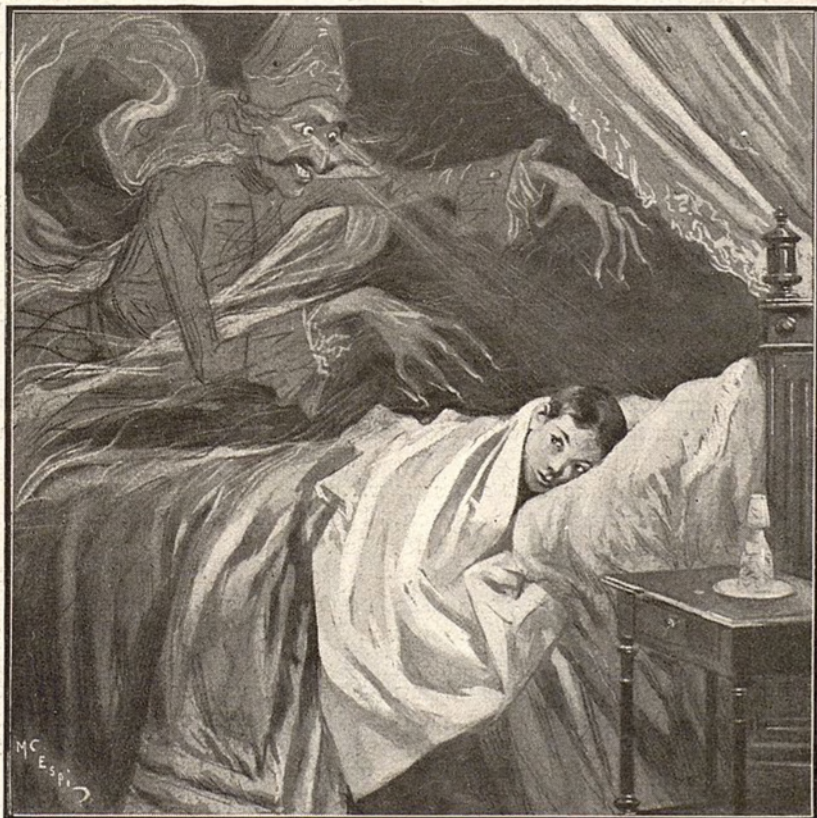


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 18 DE ABRIL DE 1909

NÚMERO 68



## EL FANTASMA ACUSADOR

Después de acostarse y apagar la luz, Julito púsose á rezar. Pero esta noche no le ocurrió lo que casi siempre le ocurría, quedarse profundamente dormido al finalizar el último Padrenuestro. Hallábase el muchachito inquieto y desvelado, con los ojos muy abiertos. No veía absolutamente nada porque la alcoba estaba sumida en tinieblas.

Ayuntamiento de Madrid

Aquella obscuridad, tan propicia á los chiquillos medrosos para que experimenten terror inexplicable, jamás había aterrorizado á Julio, que era un valiente que se reía del coco, de las brujas, duendes y fantasmas, como de unas buenas personas que no cumplen en el mundo otra misión que la de intervenir en cuentos é historietas infantiles. Porque un cuento en que no aparezca un terrible *personaje* de éstos, capaz de comerse á los niños crudos, resultaría cosa sin substancia ni interés.

Y no obstante su valentía y despreocupación, Julito aquella noche, aun cuando él mismo no quisiera confesarlo por puntillo de amor propio, sentía miedo, un miedo espantoso que le obligaba á taparse la cabeza con el embozo de la sábana. En aquella obscuridad absoluta creía el muchacho ver cosas extrañas y terroríficas capaces de poner los pelos de punta al mismísimo rey Chindasvinto de la plaza de Oriente... Era algo así como un fantasmón envuelto en un velo blanco flotante, que se le acercaba tendiéndole unas manos inmensamente largas, amarillas, huesosas, como las de un esqueleto, con unas uñas inconmensurables, afiladas como puñales; en las tinieblas sus ojos parecían arrojar llamaradas de azufre... En el silencio de la noche, el restallar de la madera ó cualquiera de esos ruidos casi perceptibles que se producen misteriosamente en las habitaciones hacíanle dar un saltó. El corazón parecía querer saltársele de su sitio, y en el rostro sentía un calor como de ascua.

Para ahuyentar el miedo que le dominaba, Julito volvió á empezar sus rezos.

—*Padre nuestro que estás en los cielos...*

Y se interrumpía azorado; alguien, el fantasmón sin duda, colándose por entre las sábanas, le tiraba de los pies.

—*Santificado sea el tu nombre...*—proseguía, rehaciéndose, pero enmudecía de repente, y, temblando, poníase á escuchar; juraría haber oído una voz quejumbrosa y tenue, voz de aparición, que le llamaba: «¡Julio!» «¡Julio ..!»

Julio no pudo resistir más tiempo aquel angustioso estado, y dió vuelta á la llave de la luz. La alcoba inundóse de claridad; el niño respiró satisfecho. Todo encontrábase lo mismo que cuando se metió en la cama; allí no había fantasmones.

Y sin embargo, la inquietud y el desasosiego persistían en el muchachito, que miraba receloso en torno suyo.

¡No! Aquella noche no dormiría tranquilo.

Le apesadumbraba el remordimiento por un lance bochornoso é indigno. Por culpa suya, sólo de él, habían despedido sus papás á Marieta, la niñera, la pobre Marieta, tan buena, tan cariñosa, tan servicial, que se desvivía por complacer al señorito Julio, al que regalaba cuando salía con él de paseo cuantas chucherías se le antojaban.

Aquello había sido ignominioso... ¡Y todo por ser él, el señorito, un embustero, un hipócrita solapado...!

Si las cosas se hicieran dos veces, si lo ya hecho pudiera borrarse como se borra de la pizarra lo que en ella se escribe...

Realmente pesaroso, el pobre muchacho, por vez primera en su vida, experimentaba los angustiadores efectos de una mala acción cometida.

El, Julito Martínez, era muy bueno, muy obediente, muy estudioso, sí, señor; pero tenía el grave defecto de gulumear cuanto encontraba á mano, y aun sin encontrarlo, porque se valía de mil medios para registrar el aparador ó el sitio en donde se encerraban las golosinas que á él más le hacían caer en tentación. Y no había chocolate, biscochos, dulces ni frutas libres de su rapiña.

*Continuará.*





## MARGARITA LA MIMADA

(CONTINUACIÓN)

- MARG. *(Con desabrimiento.)*  
 Porque pinchas con las barbas.
- VÍCT. ¡Pícaros pelos, que la hacen pupa á mi niña!
- MARG. Ni Blanca ni Clemencia pinchan nunca cuando me besan.
- VÍCT. Mañana me afeito.
- ROSAL. ¡Capaz serías!
- VÍCT. Si mi niña exige...
- ROSAL. ¡Calla!  
 Esas exageraciones me disgustan. *(Dirigiéndose á Margarita.)* No me agrada, niña, que seas adusta con nadie; pero me causa más disgusto que lo seas con quien más te quiere.
- MARG. *(Compungida.)* ¡Vaya!  
 ¡Ya me estás riñendo!
- VÍCT. Rica, no es reñirte, es que...
- MARG. Ni Blanca ni Clemencia me reñían.
- ROSAL. ¡Dale!
- MARG. Ellas no me regañan.
- ROSAL. ¡Yo tampoco, vida mía!  
*(Consolándola.)*
- VÍCT. ¡Qué ganas de disgustarla!
- ROSAL. ¡Ea! Se acabó... ¡Qué quieres? Ven que te eniugue esas lágrimas. *[grimas.]*  
 ¿Quieres que mamá se vista y que contigo se vaya al Retiro, y que...?
- MARG. No quiero.
- ROSAL. ¿Por qué?
- MARG. Porque t' no saltas ni corres, como Clemencia y Blanca... ni juegas...
- ROSAL. ¡Basta!  
 ¡Qué pesadez! Hoy te ha dado por querer á mis hermanas, y parece que te gozas en llevarme la contraria.
- VÍCT. Como es un ángel, las quiere. Ya ves como no las guarda rencor, después de las cosas que la han hecho. Tiene un alma nobilísima.
- ROSAL. Si tiene... pero, la verdad, ya cansa tanto repetir lo mismo. Sabe que están castigadas, y por lo mismo se empeña en que vengan, en que salgan... ¡Jesús! Estas criaturas

consentidas...  
VÍCT. ¡Calla, calla,  
madrastrona!  
ROSAL. Tu la echas  
á perder.

VÍCT. ¡Mira quien habla!

### ESCENA II

DICHOS, PASCUAL, y en seguida PEDRO.

PASC. Dan su permiso. *(En la puerta.)*

VÍCT. Adelante.

PASC. En este momento llega...

ROSAL. ¿Quién?

PASC. El señorito Pedro.

ROSAL. ¡Mi hermano! *(Con alegría.)*

VÍCT. ¡Qué coincidencia!

Tú que hablabas de escribirle...

ROSAL. ¡Cuánto celebro que venga!

*(Pedro aparece muy serio en el dintel de la puerta, Rosalía corre á su encuentro, y Víctor le tienta la mano.)*

PEDRO. Llegas muy á tiempo; te envía la Providencia.

PEDRO. *(Con frialdad.)*

¿Sí? Pues celebro en el alma ser enviado por ella.

VÍCT. Hace un momento que estábamos nombrándote.

PEDRO. Gracias.

VÍCT. Esta pensaba escribirte hoy mismo.

PEDRO. Pues ya la epístola huelga, pues que puedes de palabra referirme lo que quieras.

ROSAL. ¡Qué tono! ¿Estás disgustado?

VÍCT. ¿Qué te sucede? ¿A qué esperas, que no nos dices la causa?

PEDRO. ¿La causa? Váis á saberla en este mismo momento.

Vengo por Blanca y Clemencia.

VÍCT. ¡Cómo!

ROSAL. ¿Por Clemencia?

PEDRO. Y Blanca.

ROSAL. Pues precisamente era el objeto de mi carta participarte que entran el domingo en un convento.

PEDRO. Pues precisamente es esa la razón por qué he venido para que eso no suceda.

ROSAL. ¡Pero cómo lo has sabido?

PEDRO. Pues hija, de una manera muy sencilla. Me escribieron los primos, y después ellas.

ROSAL. ¡Ellas! ¿Y cómo han podido?

*(Aparte.)*

Y por qué no encuentras buena mi resolución.

PEDRO. Por varias razones.

VÍCT. Di.

PEDRO. La primera porque soy su hermano, y veo que se encuentran sin defensa, sujetas á los antojos y caprichos y exigencias de una chiquilla mimada.

ROSAL. ¿Eso dicen?

*(Margarita, al oír esto, sale muy cabizbaja.)*

VÍCT. No las creas.

PEDRO. Permitidme. La segunda razón está en la certeza que tengo de que su madre, á quien el cariño ciega, con tal de mirarla, trata á los demás con dureza.

VÍCT. Te habrán pintado las cosas de tal modo.

PEDRO. La tercera razón es que tú tampoco eres voto en la materia, porque mimas á la niña más que su madre. Y como estas tres razones que os indico, pudiera aducir trescientas.

ROSAL. Pedro, me da pena oírte.

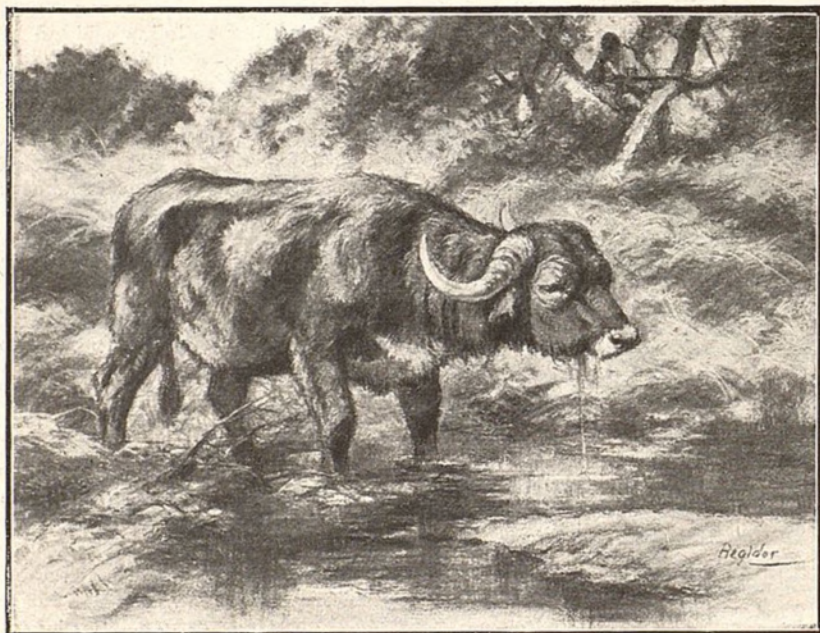
PEDRO. También á mí me da pena considerar que el cariño de madre de tal manera te cegó, que has olvidado otros.

ROSAL. ¡Pedro!

PEDRO. ¿No te acuerdas de que nuestra santa madre te encargó al morir que hicieras felices á tus hermanas?

¿Qué es lo que has hecho con [ellas?

*Continuar.*



RELATOS DE CAZA

## DOS DIAS DE ASEDIO

En la tribu de cafres no se hablaba de otra cosa ¿Qué habría sido de Kalihako? ¿Dónde estaría...? ¿Viviría...? ¿Lo habrían devorado las fieras de los bosques...? Porque el caso era muy extraño. Hacía dos días que saliera por la mañana armado con su vieja carabina para cazar, y desde entonces no había vuelto. Sus allegados y amigos habían recorrido todos los campos y aduares vecinos y en ninguna parte tropezaron con sus huellas. Era como si el infortunado cafre se hubiera estrellado contra el fondo de algún desconocido precipicio. Entregados estaban la noche del segundo día á estos tristes comentaristas en torno de una hoguera, cuando, improvisadamente, Kalihako se presentó ante su vista. Venía sin armas, renqueando, lánguido en sus movimientos y herido en la desnuda espalda. En seguida le rodearon todos y le preguntaron mil cosas relativas á su desaparición, pero él pidió antes que nada un poco de comer, pues estaba hambriento. Cuando concluyó el yantar se reanimó un poco y, deseando calmar la curiosidad de toda la tribu, que le rodeaba, habló así:

—Determinado á traer algo de comer, cogí ayer por la mañana mi carabina y me interné en el bosque. Andando, andando, sentí junto á mí el murmullo de un arroyo y, llegándome á él para beber, noté en el césped y en la húmeda tierra de las orillas las huellas claras é in-

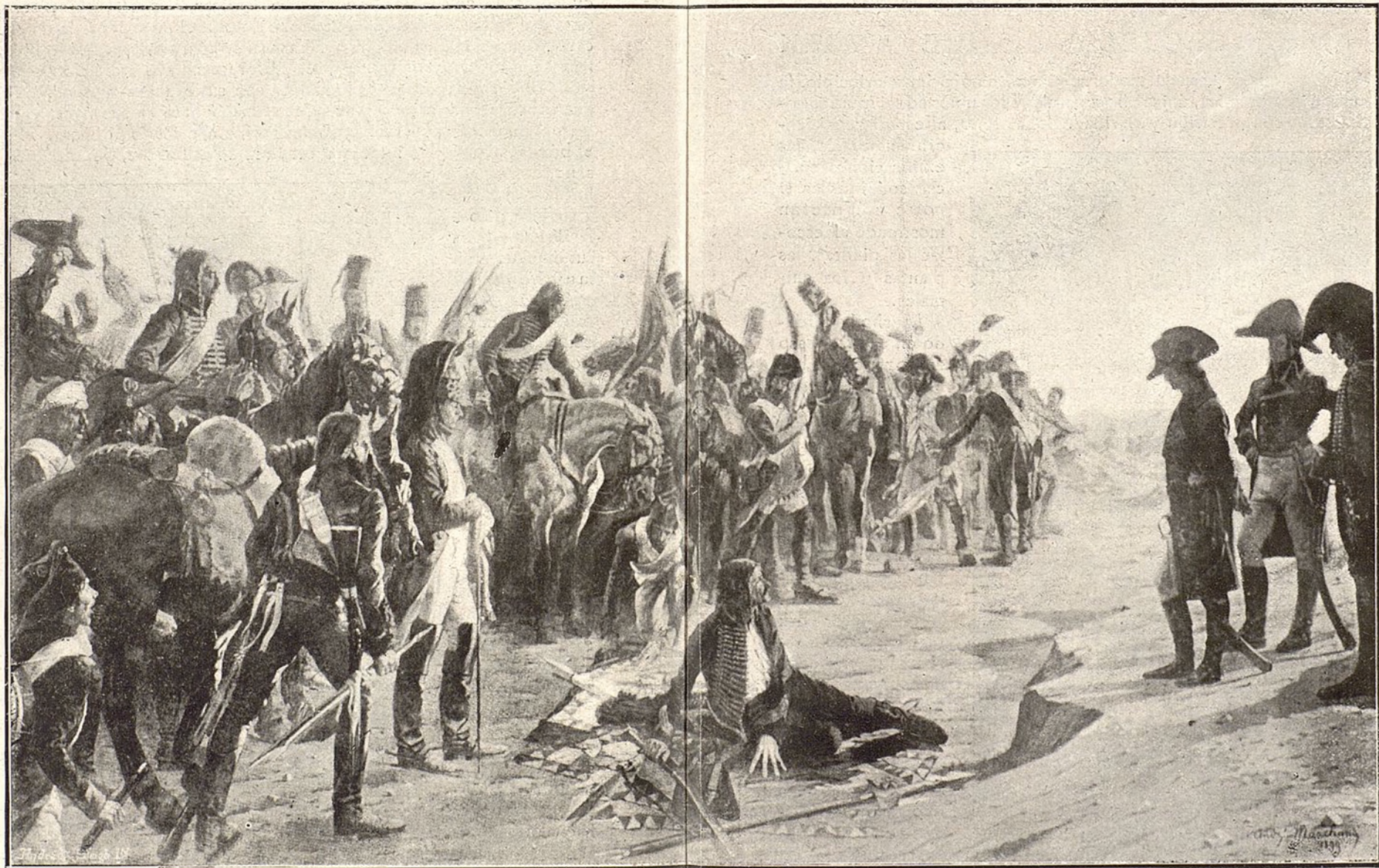
dudables de un búfalo. No pensaba dedicarme á esta caza, pero la vista del rastro me tentó á quedarme de espera en la copa de un árbol cercano por si la fiera acudía á calmar su sed ó á bañarse. Así lo hice, y transcurrido bastante tiempo, el disforme animal salió frente á mí como disparado rompiendo la maleza con sus grandes cuernos. Dejéle que se acercara al arroyo y aun que se zambullera en sus mansas aguas, y en el momento oportuno tiré del gatillo. Disipado el humo, vi que el búfalo, herido, se internaba otra vez en el bosque, y entonces yo, sin perder un instante, me puse á seguirlo; cosa facilísima, pues sus huellas eran muy hondas y precisas. Abs-traído iba en tal ocupación cuando de pronto sentí junto á mí un formidable estrépito y, simultáneo á éste, recibí en la espalda un fuerte topetazo que me lanzó al espacio. Yo perdí el conocimiento y al recobrarlo, me encontré, como por obra de encanto, colocado sobre las ramas de un árbol. Miré al suelo y vi con espanto al búfalo ligeramente herido



que clavaba en mí sus miradas feroces, mientras que con sus pesuñas hacía astillas mi carabina. Y desde aquel momento, amigos míos, ha estado vigilándome, y yo, herido en la espalda, extenuado por el hambre y por la fatiga, y sin poder rendirme al sueño, he permanecido durante los dos días con la muerte á los pies, hasta que hoy, al ponerse el sol, como pasara por allí un rebaño de búfalos, mi enemigo desapareció entre ellos...

Con esto terminó Kalihako su emocionante narración.

José A. LUENGO.



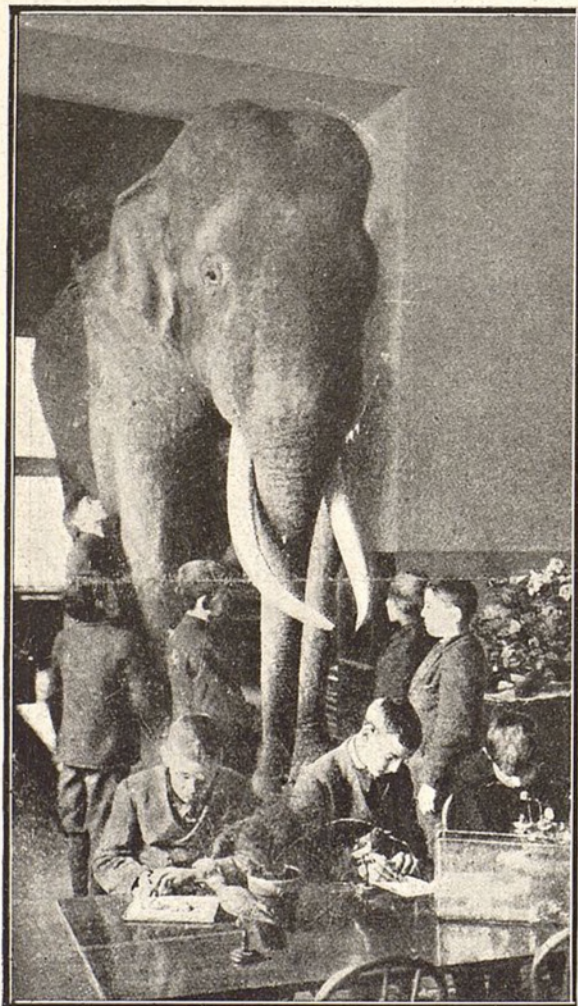
### LASALLE EN RIVOLI. CUADRO DE MARCHAND

**D**oce horas duró la batalla de Rivoli, librada con verdadero coraje entre los ejércitos de Bonaparte y Alvinzi. El coronel Lasalle se portó en ella como un héroe. Cuando todos los jefes

se disponían á entregar á Napoleón sus trofeos, él estaba rendido por la fatiga junto á los restos de la bandera. El Emperador le vió y le dió: «Descansa, que bien lo mereces.»

## LA ENSEÑANZA PRACTICA EN LAS ESCUELAS DE NUEVA YORK

Sabido es que la escuela moderna tiene como primer principio la enseñanza práctica, única eficaz para que los niños adquieran los conocimientos con precisión y claridad. Sobre todo, al estudiar las ciencias naturales, las explicaciones teóricas son inútiles si no se completan mostrando al escolar las piedras, las plantas y los animales.



mucho ha tardado en abrirse paso ese principio, si bien debe reconocerse que el principal obstáculo para su triunfo ha sido, y continúa siéndolo, la falta de dinero. Porque las escuelas de enseñanza práctica necesitan estar bien dotadas, y esto es caro.

Mucho ha tardado en abrirse paso ese principio, si bien debe reconocerse que el principal obstáculo para su triunfo ha sido, y continúa siéndolo, la falta de dinero. Porque las escuelas de enseñanza práctica necesitan estar bien dotadas, y esto es caro.

En Nueva York no hay una sola escuela que no tenga un gabinete de Historia Natural, donde los alumnos aprenden más rápidamente que en los libros. Es un país rico y puede permitirse lo que resulta un lujo en otros de vida más modesta... De nada

carecen dichos gabinetes: desde el pajarillo al elefante, todos los ejemplares de animales corrientes están en sus vitrinas á disposición de los muchachos, que así reciben una enseñanza provechosa.



## LAS BONDADES DE NINI

XXII

Jesús! ¡Jesús, y qué preciosuramienta! ¡Qué bonituz la de Piluca! Empezaré á contárselo á ustedes por el principio.

Me fui con mamaíta á casa de Piluca; todos me besaron mucho, y ella me llevó otra vez á ver los juguetes. También estaba su hermanita, pero ¡qué cosa más rara!, aquel día nos hicimos muy amigos, y jugamos mucho. Al cabo de un rato entró otra vez Piluca con un perro muy grande, atroz de grande, y dijo:

—Nini, tengo el gusto de presentarte á *Sultán*, mi amigo *Sultán*, que ha sido muy bueno conmigo cuando yo era chiquita, y que nunca me mordió, aunque sus orejas y su rabo no estaban muy seguros por entonces. Mira, *Sultán*—le dijo á él—esta niña es Nini, ¿ves qué mona? ¿La querrás mucho? Vamos, hazte amigo suyo; dala la pata, *Sultán*; ¡vamos!, ¡á ver cómo se firma ese tratado de amistad, *Sultán*!

¡Uy, qué risa! Fué el perrazo y me alargó una pata, yo se la cogí, y dé pronto, ¡zas!, se acercó á mí y me lamió la cara.

—¡Hombre, no seas cochino, *Sultán*!—exclamé.

Piluca y su hermanito se reían mucho, y el chico dijo:

—¡Anda, Nini, vamos á jugar á los soldados con *Sultán*!

¡Qué alegría! Nos pusimos unos gorros de papel el niño, el perro y yo, y estuvimos todos haciendo el ejercicio, y luego hicimos guerras y todo; *Sultán* jugaba muy bien, y cuando el hermanito de Piluca, decía: «¡Apunten! ¡Fuego! ¡Pum! ¡Prumpumpum!», el *Sultán* se tiraba al suelo como si estuviese muerto. Luego le poníamos de centinela con una escopeta y el gorro, y se estaba en dos patas la mar de tiempo; ¡qué perro más listo! También sabía saltar á la comba; nos pusimos á dar el niño y yo, y él saltaba y ladraba al mismo tiempo. Al oírle

ladrar, llegó Piluca que se había marchado á otra parte. ¡Como es tan grande no quería jugar con nosotros! Aunque su hermano es mucho mayor que yo, jugamos muy bien los dos con el perro.

—¡No hagáis daño á Sultán!—dijo Piluca.

—No le hacemos daño—contesté.—Es que es muy ladrón... ¡vamos!, que ladra porque le da la gana. Oye, Piluca, ¿por qué no juegas tú también á las guerras?

—Pues mira, porque ya no está bien, y además tengo que dar mis lecciones con la *miss*. ¡Es tan buenísima la *miss* que no quiero disgustarla! Hoy, además, estoy preparando mi vestido de máscara. Ahora me lo probaré para que le veas.

—¡Ay, sí; qué gusto!—contesté.

—¿Es verdad que te vas al colegio, Nini?

—¡Ya lo creo! Y me alegro mucho. Hoy vengo á despedirme porque don Manuel *me ha conocido ya*, y como sólo hacia falta eso para que me llevasen al convento, pues ya no falta nada.

—¿Y no te da remordimientos dejar á tus papás y á tus abuelitos?

—¿Y qué es eso de remordimientos?

—Nada, nada—dijo Piluca.—Ya iré á verte al colegio, y además diré á tu mamá que te traiga aquí los días que salgas.

—Bueno, y así jugaré con tu hermano y con Sultán—dije.—¿Cuándo te vas á vestir de máscara? ¿Y te conoceré ó no te conoceré? ¿Van á bailar? ¿Sabes tú bailar? ¿Y con quién bailarás? ¿Van muchos niños á ese baile? ¿Por qué no dices á mi mamá que me deje ir? ¿Va á ir este chico? ¿Y el Sultán? ¿Y...?

—¡Zapateta, Nini!—contestó Piluca.—Ni aun en *mis buenos tiempos* recuerdo haber hecho tantas preguntas de una sola vez. Necesitaría dos días para contestarte, y ahora tengo mucha pris... Voy á vestirme; en seguidita vuelvo.

Y se fué.

Después que pasó un rato me llamaron á la sala, diciendo:

—¡Señorita Nini! ¡Venga usted á ver á la señorita Pilar!  
¡Dios mío, qué bonita estaba Piluca vestida de tórtola!

MARÍA ÁTOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





## LA LANA

La necesidad que el hombre sintió de cubrirse el cuerpo para resguardarlo de las inclemencias de la temperatura se remedió indudablemente gracias á las pieles de los animales que mataba, y entre éstos debían estar los carneros y las ovejas, no sólo por la riqueza y abrigo de su piel, sino también por la facilidad con que, dado su carácter dulce, se domestican, que permite su sacrificio sin temor á luchas en que el hombre llevase la peor parte.

Y buena prueba de la certeza de este hecho es que en la actualidad aún acostumbran los pastores y la gente de campo á emplear para su abrigo pellizas y zahones hechos con pieles de cordero; y también lo es el que son de uso corriente los gabanes forrados de pieles de animales, cuyas prendas llegan á pagarse á precios elevadísimos.

La idea de utilizar los vellones de lana de los corderos y de las ovejas separadamente de la piel de éstos, quizá naciera de haber observado que, haciéndolo así, la piel resultaba más delgada, y, por tanto, más manejable, y que el conjunto de los vellones formaba una masa blanda y muelle, muy propia para constituir la base del lugar de reposo que el cuerpo fatigado necesita para rehacer sus fuerzas mediante el sueño. Y una vez ocurrida esta idea, vendría seguramente la de intentar separar en vida los vellones de lana del cuerpo del animal, siendo la base de esta industria que en los tiempos más remotos constituyó uno de las principales fuentes de riqueza de los pueblos que se dedicaron al pastoreo.

Es indudable que la primera manera de utilizar la lana fué la de someterla á presiones grandes y continuadas, con objeto de que se unieran y adhieran las fibras, formando así una especie de fieltro grueso, que una vez estirado y comprimido para obtener su adelgazamiento convertíase en un paño espeso, no muy blando, pero sí de mucho abrigo y de no muy larga duración, porque su estructura hacía que se rozase y rompiera con relativa facilidad por todos los doble-

ces y pliegues que la forma del cuerpo le hacia tomar, pues desde luego se empleó en la confección de trajes con que substituir las primitivas pieles, cuyos inconvenientes saltan á la vista.

De seguro, la observación de estas desventajas hizo pensar en la necesidad de buscar otro modo de adaptación de las cualidades palmarias de la lana, y ensayo tras ensayo, hoy descubriendo un perfeccionamiento y mañana otro, se llegó con el transcurrir de los años á preparar la lana, lavarla, peinarla ó cardarla, hilar sus fibras y tejerlas para obtener así las telas y los tejidos con que se hacen las prendas que sirven para vestir nuestros cuerpos

Claro es que la perfección á que esta industria ha llegado hoy, sólo se ha alcanzado mediante el trabajo que los hombres han ido realizando de un modo constante, no ya sólo en punto á conseguir medios industriales, máquinas y procedimientos con que mejorar las distintas operaciones á que ha de someterse la lana, desde que se separa en el esquila del cuerpo de los carneros y ovejas hasta que está en condiciones de llevarse al telar, sino también para cuidar del desarrollo y de la conservación de las razas de ganado que mejor lana producen.

La raza que ocupa el primer lugar en cuanto á la calidad de la lana es la de los carneros y ovejas *merinas*, y el único sitio donde se producía el ganado merino era en España, con lo que no hay que decir la riqueza que por espacio de muchos siglos ha producido á nuestro país el fomento y cuidado de esta rama de la ganadería, cosa que explica el interés que nuestros legisladores pusieron en su desarrollo y protección, traducido en un conjunto de privilegios, de exenciones y de facilidades que las leyes reconocían á los ganaderos, que formaban una corporación influyente y poderosa, conocida con el nombre de «Honrado concejo de la Mesta». Por el cuidado de éste, España estaba cruzada en todos sentidos por unos espacios de terrenos que nadie podía cultivar, cuya anchura estaba definida por las leyes, y que se destinaban al paso de los ganados que, según las estaciones, se trasladaban al Norte ó al Mediodía en continua busca de los mejores pastos.

Mirando al microscopio los filamentos de lana, aparentan ser cilindros, cuya superficie está recubierta de escamas, algo combadas hacia fuera por sus extremos. Presentan unas estrías muy finas y, algunas veces, una línea oscura en el interior de los cilindros, que parece ser un canal ó conducto lleno de aire ó de un líquido más ó menos coloreado.

Como el sudor del animal produce una substancia extraña á la lana, hay que lavarla antes de que esté en condiciones de llevarse al telar, y el lavado de 1.000 kilos de lana produce (mediante cierto procedimiento industrial) 75 kilos de potasa más pura que las del comercio.

La lana es de diferente calidad, según la parte del cuerpo del animal de donde procede, y cambia también según las razas.

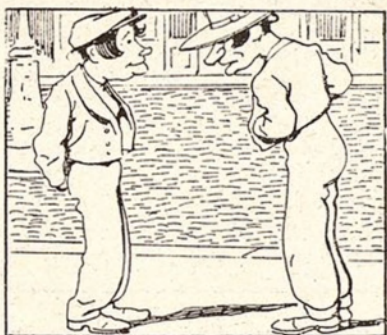
Obsérvase que la lana de animales enfermos no toma el tinte de una manera tan perfecta como la de los que están sanos y buenos.

JUAN ANTON.

# ¡HULE!



El Pinguito andaba muy triste porque no le llamaban para torear en ninguna parte.



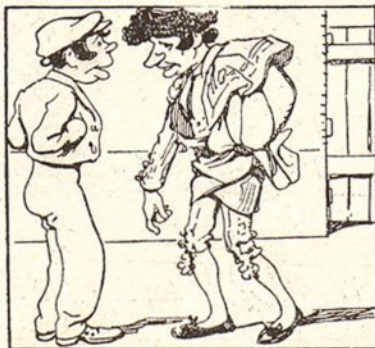
Su amigo el Mosquito Chico le aconseja que vea á un señor que está preparando una novillá.



Le encuentra en la taberna del señor Tomás, se toman unas copas y hacen el contrato.



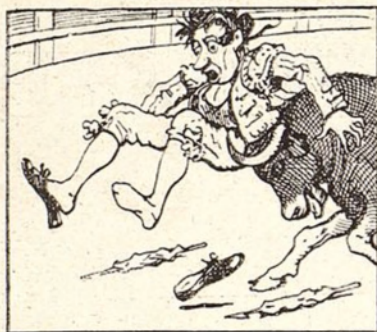
El Pinguito se lanza en busca de un traje de luces, porque él no tiene ropa ni dinero para alquilarla.



Llega la tarde de la corria, y el Mosquito le aconseja que sea muy prudente y que no se deje coger.



Toma las banderillas, se cuadra y cita, mientras piensa: «Ahora verán un tío con hechuras y mérito.»



Pero el toro, sin tener eso en cuenta, le encuna y zarandea á su gusto.



Después le tira en el suelo y le destroza y pisotea que es una pena.



Los monos se lo llevan á la enfermería hecho polvo materialmente.



Mientras los médicos le reconocen, el *Mosquito* llora sin consuelo,



Compadecido, sale un médico y le dice que se tranquilice, que no le ha hecho más que destrozarle el traje.



—¡Pero si por eso es por lo que lloro, por el traje, que se lo había prestao yo, señor doctor!